

ACOTACIONES AL MUNDO DEL SUBCONSCIENTE

Los psicólogos se han afanado siempre por poner en claro el funcionamiento de las distintas actividades de nuestra vida psíquica. Como consecuencia se vienen admitiendo, con bastante aceptación, clasificaciones generales de los hechos psíquicos; pero tales clasificaciones no logran contener en sus redes la fluencia armónica y discontinua de la vida anímica. De esta forma la meta anhelada de la psicología, puesta en el conocimiento del hombre, queda un poco de lado, mientras predomina la estratificación espectral de los hechos anímicos, tan lejana de la comprensión exhaustiva del desenvolvimiento espiritual del hombre. La explicación acertada de algunos casos anormales orientó el estudio de la psicología por nuevos derroteros. Anegada la psicología en la clara luz de la conciencia, despreció por vano e inútil todo lo que de ella transcendiese, pero en los últimos días del siglo pasado toma cuerpo un mundo nuevo, desde el cual han de partir algunos psicólogos para explicar los hechos psíquicos de nuestro yo. El núcleo de la vida anímica se sitúa entonces en un terreno oscuro y problemático y que, por caer fuera de la comprensión racional consciente, ha sido denominado subconsciente.

Ya anteriormente se tenían atisbos de esta realidad: Leibnitz entrevé, desde su mirador metafísico de la mónada, fuerzas apetitivas y cognoscitivas latentes en el interior de los seres y que tan sólo en el hombre y en determinados momentos se asoman al campo iluminado y reflexivo de la conciencia. De otra parte, la psicología clásica había advertido que resultaba demasiado angosto reducir el hombre, en su faceta espiritual, a lo que se nos va haciendo patente en cada momento; por ello se acogió al poder almacenador de una facultad en extremo importante: la memoria. Ella es la depositaria de todas las representaciones que una vez vividas esperan su turno para actuar de nuevo en la conciencia. Si a esta facultad agregamos los impulsos e instintos, con su propia energía expansiva, tenemos una idea confusa del subconsciente. Por tanto, a la psicología clásica no le fué ajena del todo esta fuerza subcons-

ciente. Era cuestión principalmente de determinar el papel que ésta ha de representar.

La psicología asociacionista inglesa, con Lockey y Hume a la cabeza, pondrá el peso del mecanismo psíquico del lado del inconsciente. Todas las facultades del alma, dirá, se reducen a una simple combinación, al modo químico, de las sensaciones y representaciones sensibles. Las distintas misiones asignadas a cada una de las facultades del alma se resumen ahora en un poder asociativo, enigmático y poderoso, con tendencia a la expresión consciente de las vivencias. Sin embargo, de este mecanismo subconsciente sólo se conocía la regulación formulada por la triple ley asociativa de imágenes enunciada ya por Aristóteles.

SUBCONSCIENTE SEXUAL.—Es mérito indudable de la escuela psiquiátrica moderna el haberse lanzado con toda decisión al esclarecimiento de los misterios que encierra el mundo del subconsciente. Las experiencias hechas en París, en las últimas décadas del siglo pasado, por Sigmundo Freud, al lado de su maestro Charcot y de su amigo Breuer, le llevan a la conclusión de que el histerismo debe tener por causa una representación psíquica desaparecida o expulsada del campo de la conciencia. Freud, desde entonces, no tiene ojos más que para asomarse a este fondo abismal. Es sumamente interesante la explicación que da de la vida anímica partiendo de la interpretación de las fuerzas subconscientes. En resumen viene a decir: las representaciones e impresiones sensibles pasan desde la conciencia a las regiones oscuras situadas más allá de ella. Además de estas representaciones se dan en la vida psíquica impulsos y fuerzas instintivas con constante tendencia a la acción. Admitida la asociación de imágenes de la escuela inglesa, defiende luego que las representaciones y los instintos se unen en el subconsciente intercambiando la afectividad y formando grupos con finalidades determinadas y concretas, que aspiran a ser vividas en la conciencia, y a las cuales denomina «complejos».

Pero la mayor innovación de Freud consistió en reducir todos los impulsos a dos clases: los sexuales, que se ordenan a la conservación de la especie, y los egoístas, orientados a la conservación del individuo. Pero únicamente los sexuales tienen para él verdadera importancia, pues dominan casi todo el mecanismo psíquico: de donde, el sistema de Freud sea sinónimo de pansexualismo. Propiamente cada instinto tiene delimitado su campo de influencia, pues, mientras el sexual llena por completo el subconsciente, los de carácter egoísta pretenden ejercer su hegemonía en la conciencia. Entre unas y otras fuerzas se entabla siempre una verdadera lucha, ya que ambas tratan de llevar el timón de la vida del hombre. Cuando las representaciones sexuales son rechazadas de la conciencia, por oponerse a las normas de la conducta social, no se

resignan con el fracaso y tratan de burlar la prohibición de la conciencia enmascarándose en una acción similar o de relación simbólica con la suya propia o también con alteraciones psíquicas y fisiológicas que ponen al individuo al borde de lo psicopático. El predominio de las fuerzas sexuales es tan grande que el individuo está supeditado siempre de una u otra forma a ellas, y la línea directriz de sus actos viene señalada por la influencia directa o indirecta del instinto sexual.

Se hacía necesario encontrar una vía para descender al subconsciente y dar con una clave que descifrara el enigma de sus simbolismos. Freud creyó poseer el secreto por el procedimiento del psicoanálisis, el cual se basa, en último término, en la asociación espontánea de las vivencias, completada con la interpretación fálica de los sueños y de las acciones inconscientes, así como de los olvidos de las equivocaciones y de las torpezas.

En su afán innovador, Freud generalizó el instinto sexual convirtiéndolo en la tendencia originaria de todos los impulsos. Un instinto de esta clase tenía que surgir ya en los primeros días de la vida infantil. Más tarde esta tendencia pasa por diversas vicisitudes hasta que se ordena, en los casos normales, hacia su verdadero objeto. Las desviaciones de este instinto en su evolución dan lugar a los famosos complejos narcisista, de Edipo y de Electra.

Los escritos de Freud, de estilo ameno y sugestivo, tuvieron bastante aceptación en todos los medios. Sus obras se tradujeron a muchos idiomas y fueron leídas con avidez. Un concepto nuevo del hombre, amasado en barro y en sexualidad, intentó suplantarse el concepto cristiano de obra buena manchada por la culpa originaria. Consecuentemente el ambiente materialista acogió con agrado la nueva doctrina, al mismo tiempo que en el campo psiquiátrico tenía entusiastas defensores. Pero no faltaron tampoco detractores que combatieron abiertamente el sistema freudiano como Allers, Straus y Bunke¹, y aun dentro de la misma escuela psiconalítica surgieron herejes que modificaron en parte el credo de su maestro.

EL AFÁN DE DOMINIO.—Adler fué uno de los que inició las disensiones con Freud. Su escuela, llamada Psicología Individual, ve el subconsciente dominado por la tendencia egoísta en lugar de la sexual. El «afán de sobresalir» o, en frase de Nietzsche, la voluntad de dominio, es el acicate que mueve y estimula toda acción humana. La consecuencia que se seguiría de ello en el orden social sería la anarquía más resuelta, y Adler para evitarlo pone un contrapeso que lima y encaja en la comunidad el afán de poderío: el «sentimiento social». De la acción recíproca de ambos impulsos brotará el comportamiento total del

individuo en la vida y consecuentemente la formación de su carácter. Adler no da apenas importancia a las disposiciones y aptitudes naturales. Su concepción de la actividad psíquica es claramente finalista. Cada hombre se propone inconscientemente una finalidad vital a la cual subordina toda la conducta. El pensar y apetecer, todas las representaciones y sentimientos, están orientados hacia la línea marcada por el objetivo propuesto desde el subconsciente. Esta finalidad es inadvertida en la mayoría de los casos por los portadores de ella. De aquí que muchos individuos se vean arrastrados por caminos tortuosos y a los que les es difícil sustraerse.

El afán de dominio, contrapesado por el sentimiento social, regula el mecanismo psíquico y mantiene al sujeto en el equilibrio normal, pero con frecuencia se establece un desequilibrio por el mayor peso del platillo del egoísmo dando lugar entonces al «complejo de inferioridad». La descripción que hace Adler de este complejo está calcada en la observación de los casos de la vida corriente. Si la tendencia a sobresalir no está segura del éxito, bien por algún fracaso, corrientemente en la edad infantil, bien por alguna deficiencia psíquica o también orgánica, el sujeto se siente mermado en sus facultades y colocado ante la lucha social en situación de minusvalía. Entonces es cuando se espolea más y más el afán de sobresalir. Hay aquí como un juego claro de compensaciones naturales. El jorobado ocultará su defecto en el ingenio de su charla o en el cultivo de su talento, y la mujer fea en la gracia de su conversación. Puede darse el caso de que se acentúe tanto este sentimiento de inferioridad, que la víctima rehuya la lucha social y se sustraiga a ella mediante artificios inconscientes de carácter neurótico. El psiquiatra es el llamado a intervenir en estos casos, y lo hará asomándose al subconsciente mediante la vía del psicoanálisis e interpretando el juego enmascarado de las fuerzas alteradoras.

JUNG: EL SUBCONSCIENTE COLECTIVO.—Otro discípulo de Freud, disidente y reformador de su maestro y cuya doctrina tiene hoy mucha aceptación, es Jung. Formado en la escuela de Freud y Adler, se separa de ellos modificando en parte la teoría del subconsciente. Además del subconsciente individual, a modo de colector de los contenidos psíquicos reprimidos u olvidados intencionadamente, Jung admite un subconsciente absoluto o colectivo que lleva consigo en sedimentación la experiencia milenaria de todos los antepasados. Un nuevo factor entra con ello en juego en el mecanismo psíquico individual. Mediante él se establece una afinidad común entre los hombres de las distintas épocas que se manifiesta a través de los siglos en similares signos simbólicos.

También admite Jung la lucha entre las distintas tendencias de los

estratos psíquicos con muestras claras de la compleja trabazón de estas fuerzas. Según él, hay que distinguir en un mismo sujeto entre la «persona» y la «individuación». Aquélla se forma con el resultado de una suma de decisiones de la conciencia, en conformidad con las exigencias del medio ambiente; la «persona» viene a ser como la máscara social a la que el individuo llega por una falsa educación. Ni que decir tiene que la «persona» está en oposición a las tendencias subconscientes. Como era de esperar, estas fuerzas aflorarán en ocasiones a la conciencia y descubrirán la falta de raíces de la postura personal. La «individuación», por el contrario, recoge los impulsos del subconsciente personal y colectivo y los armoniza con las exigencias de la persona. Sólo mediante la individuación puede el hombre alcanzar su más íntima, última e incomparable unicidad. La conciencia, que ha dado entrada a los impulsos inconscientes, se abre a un mundo nuevo de base más amplia y se libera de los temores y ambiciones personales.

A pesar de todo, la dirección corresponde a la conciencia. Su derrumbamiento sería tanto como naufragar en medio del océano y caer por tanto en el terreno de lo psicópático.

De conformidad con las escuelas Psicoanalítica de Freud y de la Psicología Individual de Adler, Jung concede mucha preponderancia a las asociaciones subconscientes. Estas se rigen por leyes propias independientemente de la voluntad y están dotadas de intensa carga emotiva. Son, en frase consagrada por el uso, los «complejos». Jung llega a defender que los complejos son almas parciales desprendidas por efecto de una emoción fuerte o algo parecido. Al igual que todos los impulsos también los complejos se proyectan hacia el exterior, dando lugar entonces a conflictos con el yo personal. El conflicto más frecuente lo sitúa Jung entre las fuerzas heróicoemocionales y que distingue con el nombre de *anima*, y las fuerzas llenas de moderación reflexiva y razonadora, el *animus*.

HIPOTESIS GENETICA.—En nuestros días ha levantado mucha polvareda el estudio de las fuerzas instintivas y subconscientes llevado a cabo por Szondi. Su punto de partida ya no es psíquico sino fisiológico. El plano en que se mueve es el de la genética en lugar del de la Psicología personal de Freud. Szondi parte de la hipótesis original que identifica los «genes» con las fuerzas instintivas. En consecuencia, las tendencias que afloran en el individuo traducen siempre la clase de genes de que es poseedor; de esta forma la elección de amistad, de mujer, de amigos, de ideal, revelará la existencia de determinados genes. De conformidad con las leyes de Mendel, los genes se mezclan entre sí en la formación del hombre, dando lugar a los genes dominantes y a los genes recesivos. Aquéllos representan la instancia o poder

reprimente, éstos la reprimida; unos y otros, desde su propia esfera, se esfuerzan por su realización y predeterminan la conducta del hombre con una necesidad, que, si deja lugar a la elección libre, al fin consiguen el objetivo, marcado ya de antemano por el resultado de las fuerzas en lucha. Se puede hablar ahora de un subconsciente familiar. El poder de coacción de los antepasados late oculto en el organismo y luchará por traducirse en hechos a lo largo de nuestra existencia.

El secreto para penetrar en el misterio de los genes, está en que obran siempre buscando un genes similar. Hay entre ellos una atracción mutua codeterminada por motivos de amor, amistad, y orientada hacia el modo de vida, de enfermedad y de muerte.

Como guía en el conocimiento de las tendencias asentadas en los genes, Szondi se sirve de las cuatro clases de anormalidades psíquicas admitidas por la psiquiatría: esquizofrenia, maniaco-depresiva, epileptoide y sexual. Estas desviaciones revelan las distintas tendencias que absorben la actividad impulsiva humana y, por tanto, las posibilidades del destino de los instintos. Resta solamente para averiguar el destino de las personas, determinar, por las manifestaciones espontáneas, el coeficiente de energía de los genes y la situación de las fuerzas latentes en ellos. Toda la teoría de Szondi se concentra ahora en la búsqueda de la actuación futura humana. El instrumento de que se vale es el de los «test» (los test de Szondi), que, de conformidad con sus hipótesis, revelarán la trayectoria que, a la larga, irá marcando el impulso instintivo, latente en los genes. Resulta algo complicado el manejo de los procedimientos o test empleados por Szondi para determinar la exacta dirección instintiva. El analizado elige sus preferencias y sus antipatías a la vista de unas fotos, claramente expresivas de una de las cuatro anormalidades indicadas.

REALIDAD DEL SUBCONSCIENTE.—Después de lo expuesto cabe preguntar si esta vida psíquica inconsciente, que constituye el núcleo de estos sistemas, se opone a la concepción que tenemos corrientemente de lo psíquico, envuelta en la advertencia o en la posibilidad de conocimiento directo. Siguiendo el criterio de un espiritualismo exagerado, al modo platónico o cartesiano, la vida psíquica es igual a la conciencia, por tanto todo lo que se afirma de la realidad subconsciente es pura elucubración fantástica. Pero la doctrina psicológica clásica, con gran parte de los psicólogos modernos, defiende que la conciencia se compone de dos planos: uno de advertencia clara, reflexiva; y otro, de advertencia virtual o fundamental².

No puede negarse que en el hombre se dan actividades psíquicas procedentes de principios distintos de la vida intelectual y que se

realizan en nosotros sin que nos demos cuenta de su existencia. Esto nos consta primeramente por exigencia de la naturaleza íntima de la vida psíquica humana, y segundo por los innumerables hechos, tanto de orden normal como patológico, que no proceden de la conciencia y que necesariamente por su razón de ser exigen algún principio de vida subconsciente.

En cuanto a lo primero, sabemos que la vida psíquica humana, además de la capa intelectual superior, posee la sensitiva y orgánica de conocimiento, de tendencia y de sentimiento, dependiente del sistema nervioso como de causa y de sujeto. El hombre con su reflexión intelectual no puede darse cuenta de las actividades del plano psíquico inferior sensitivo, a no ser que por sí mismas trasciendan a la capa superior consciente. Es indudable también que los impulsos instintivos quedan cercenados muchas veces antes de lograr su objetivo directo, y sin que ello sea advertido por el yo personal.

La realidad del subconsciente se pone también de manifiesto por la serie de hechos tanto de la vida normal como anormal y que son inexplicables sin admitir este principio. Entre los hechos más frecuentes, dentro de la vida psíquica normal, están los de automatismo, los de ocurrencias imprevistas y sobre todo los hechos de sugestión corriente; pero se advierte aún mejor el peso del subconsciente en los casos de anormalidad, tanto en los hechos de histerismo, como en los de hipnotización, así como también en los de desdoblamiento de la personalidad, en los sueños, en los actos de sonambulismo y en los de delirio.

De lo dicho se desprende fácilmente la necesidad de admitir un fondo de energías psíquicas latente en nuestra personalidad y con tendencia a la proyección exterior; lo que ya no resulta tan fácil es el precisar la fina urdimbre de su composición. Tan sólo la escuela psicoanalítica se ha aventurado a ello, en lo que no cabe regatearle el mérito, pero pocas veces coincide en la delimitación de funciones, ni su descripción está libre de error. Cada psicólogo nos describe el subconsciente con líneas diferentes y con matices y coloridos diversos. Ya vimos cómo Freud llenaba el subconsciente de impulsos completamente sexuales, mientras que Adler y Jung le atribuyen otras características; pero es común a esta escuela psicoanalítica y a sus continuadores más o menos adictos el atribuir al subconsciente una capacidad reflexiva propia, pudiera decirse que superior a la de la capa consciente e intelectual. Ya Bunke echa en cara a Freud que materializa lo psíquico y racionaliza lo subconsciente. Leyendo a cualquiera de estos psicólogos queda uno admirado del poder de creación simbólica de que dispone el subconsciente, mientras que la conciencia

aparece determinada, de una parte, por las prescripciones del yo personal y, de otra y muy principalmente, por las influencias que le llegan del fondo de la vida psíquica.

El simple análisis de los casos con que Freud y sus satélites intentan comprobar su doctrina puede llevar a la sospecha de si estaremos ante hipótesis más o menos verosímiles y sin ninguna categoría científica; pero, por otra parte, el número de psiquiatras que ha admitido esta doctrina y se ha servido de ella para curar sus enfermos forma legión, y hasta los más profanos en estas cuestiones se sienten seguros en las deducciones psicoanalistas y déjense atormentar por cualquiera de los complejos freudianos o adlerianos. Es indudable que hay en esta aceptación un tanto de snobismo, pero, por otro lado, hay que atribuir el éxito a la atracción grande que ejercen los problemas relacionados con la vida íntima de nuestra persona, en cuyo campo los psiquiatras han logrado éxitos claros. Sin embargo, en tal aceptación se ha pecado por exceso de buena fe. Se ha tomado el fruto juzgando tan sólo por su sabrosa apariencia, sin pensar lo más mínimo en su calidad íntima; por ello si levantamos la corteza se puede ver fácilmente que en estos problemas del subconsciente se entremezclan muchos problemas psicológicos, morales, filosóficos y hasta religiosos con los que no se está en plena armonía. Los mismos psiquiatras que se han dejado alucinar por la brillantez de unos éxitos, se han visto en la necesidad de una reflexión madura sobre el alcance que, en orden a la vida total de la persona, estos métodos psicoanalistas suponen ³.

VITALISMO NATURALISTA.—Se hace pues necesario desviar la mirada del brillo exterior y afanarse por conocer, además de la trama interna, la trabazón que mantienen estos sistemas con los problemas fundamentales del hombre.

En cuanto a la teoría de Freud, se advierte en seguida que se apoya en una base asociacionista, no al modo de los ingleses sino más bien de Ribot, en la que entran en juego no sólo las representaciones sensibles sino también las fuerzas o impulsos instintivos con sus cargas afectivas. Se echa de menos también un estudio sobre el origen y formación de estas fuerzas, ya que solamente atiende Freud a sus agrupamientos o complejos. Ni siquiera toca tampoco el problema de las relaciones entre lo psíquico y lo somático. Al lado de estos vacíos imperdonables para el que aspira a la creación de una doctrina psicológica con repercusiones en todo el ámbito psíquico, saltan a la vista las exageraciones pueriles y ninguna tanto como la importancia desmesurada que concede la energía sexual. Para demostrar sus asertos Freud necesita forzar las inducciones y apoyarse en simbolismos de pie forzado.

¿Qué decir de sus éxitos terapéuticos? Kraepelin los atribuye a

sugestión, y sabida es la oposición que tuvo que sufrir por parte de algunos de sus mejores discípulos en este sentido. De otra parte, la psiquiatría admite neurosis anteriores y distintas de las sexuales. Más reparos se encuentran en esta teoría cuando se mira a través del prisma filosófico: su último supuesto y raíz más profunda arrancan del vitalismo irracionalista, similar al de Nietzsche. No es de extrañar pues su alejamiento y su implícita oposición a los valores superiores. Bien es verdad que el concepto de sublimación abre un hueco a estas aspiraciones, pero se trata más bien de una sublimación naturalista, cerrada sobre sí misma, que resuelve muy poco. Por ello la concepción del hombre es pesimista y tenebrosa, encontrándose al otro extremo de la concepción cristiana. Su primitivismo es materialista, sexual y enemigo de las formas sociales por oponerse a las satisfacciones instintivas. Por último, otro error craso de Freud es no considerar la conciencia como facultad superior y directora de la vida, convirtiéndola en un débil reflejo del instinto ciego al cual está supeditada y postergada por naturaleza.

SISTEMA INCOMPLETO.—Por todos estos defectos nada tiene de extraño que la teoría pansexualista de Freud haya pasado de actualidad y sean muy pocos los que admiten íntegramente su contenido; en cambio, la orientación dada por Adler tiene hoy día infinidad de partidarios y hasta frecuentemente se intentan llevar a la práctica los postulados de su sistema. El éxito inicial que consigue Adler al resaltar la importancia de las tendencias egoístas, hace que se le conceda carta de crédito en todos los órdenes y se le considere como panacea universal para explicar todos los actos de la vida del hombre. No cabe duda que Adler ha conseguido una mayor aproximación a la verdad, una mayor penetración en la urdimbre interna del mecanismo psíquico, pero de esto a constituirse en el núcleo central de la explicación de la vida humana hay mucha diferencia.

En primer lugar, aparece la quiebra del sistema adleriano al exagerar la importancia que da a la conducta en el plan que el individuo se propone inconscientemente ya en la edad infantil⁴. Vida y carácter llegan a fundirse en una unidad cerrada hasta el extremo de no abrir ninguna puerta a las disposiciones innatas del sujeto. En cambio, sabemos que el carácter se sustenta tanto en las condiciones naturales, educación, medio ambiente, como en el fin. Otro error de este sistema consiste en reducir todas las tendencias a una sola: el afán de sobresalir. Tal estrechamiento de la vida psíquica se opone a la expansión multifacética de nuestra alma. Será un objetivo importantísimo de nuestra vida el vencer y dominar, pero siempre será parcial. El hombre tiende también al sustento, a la salud, a la belleza, a la verdad. De otra parte,

se hace muy cuesta arriba pensar que la pereza infantil o el miedo sean producto exclusivo de atraer sobre sí la atención de los demás.

La explicación que Adler da de la causa de la neurosis peca también del mismo defecto de exageración. Según él, el neurótico lleva consigo únicamente un gran complejo de inferioridad; se ha estrellado al encajarse en lo social, y su subconsciente busca entonces la enfermedad como un refugio en la huida promovida por el fracaso. Tal explicación pasa por alto el que la constitución corporal puede codeterminar a la enfermedad psíquica y el que las neurosis son promovidas muchas veces por un terror repentino o un trabajo agotador.

Enfocada esta teoría a través del plan filosófico, adolece también de graves errores. Uno de ellos es el concepto de la personalidad humana. Para Adler la persona humana queda absorbida por la colectividad. El bien social es lo único y lo último a que debe aspirar el hombre. De aquí que la fuente suprema de todo valor radique en el provecho de la sociedad. Pero es claro que tal postulado atenta contra el valor intrínseco de la persona y corta los hilos de la relación entre el hombre y Dios. Hay que tener en cuenta que el hombre está ordenado por naturaleza a la convivencia, pero posee en sí mismo una especial dignidad y está dotado de fines propios. Nada tiene pues de extraño que la teoría de Adler aparezca unas veces como un ateísmo mudo y aún otras como enemiga de todo lo religioso y concretamente de todo lo cristiano. Siempre el hombre se encuentra en ella rodeado de valores utilitarios, y para encauzar al extraviado se aducen solamente razones pragmáticas.

CONFUSIONISMO E HIPOTESIS DE TRABAJO.—Quien ha sabido mejorar sin duda el psicoanálisis de Freud y de la Psicología Individual de Adler ha sido Jung. En él se nota una mayor riqueza de doctrina al mismo tiempo que queda desdibujada en claroscuros abocetados e imprecisos. Su exposición está impregnada de sabor literario, y por ello quizás se advierte más claramente la falta de rigor lógico-científico de su sistema. La interpretación fantástica de un sueño actual y su semejanza con un mito clásico le son suficientes a Jung para hacer apelaciones a una relación dudosa en sí, y fundamentar sobre ella la existencia del subconsciente colectivo. Parece como si la magia de los misticismos orientales se resumiera con Jung en la orientación finalista y ciega de las fuerzas psíquicas subconscientes. Toda esta teoría, llena de sugerencias artísticas y metafísicas, da la impresión de que se apoya paradójicamente en una estructura materialista. Jung se mueve en una ambigüedad psíquico-materialista. No se sabe si el inconsciente ha heredado la virtud racional de la conciencia o si es tan sólo una mera determinación de las adquisiciones mecánicas de las neuronas. No termina Jung de decidirse

ante una metafísica inductiva basada en pilares materialistas o una ciencia natural que rompe sus trabas con las especulaciones filosóficas. En resumen, la obra de Jung es un producto híbrido, rico en matices y brillante de colorido, pero que carece del rigor que todo sistema científico o filosófico debe poseer.

Con Szondi continuamos moviéndonos en un terreno resbaladizo en el que no cabe hablar sino de hipótesis de trabajo más o menos útiles para determinar el destino del analizado. De otra parte, parece como si los factores elicitivos y de educación desempeñaran un papel tan secundario que no son capaces de torcer en ningún caso el sino predeterminado en los genes hereditarios.

INTEGRIDAD HUMANA.—El defecto capital de estos sistemas estriba en que invierten el orden de valores de la persona. En vez de partir de las consideraciones racional y superior, parten de la capa más inferior y subconsciente, nublando con ello casi por completo el resto de la personalidad humana. Con fundamento tan erróneo no podía atenderse a toda la riqueza de aspectos que encierra el microcosmos.

Hay, es verdad, en estos sistemas atisbos certeros y aportaciones provechosísimas para la comprensión de la trama psíquica, pero con ello solo no es suficiente para atender a toda la riqueza que encierra el hombre.

Si, en efecto, existe, como decía más arriba, una realidad más allá de la conciencia, esto no justifica la reducción del hombre a su esfera más baja y la eliminación en él todos los valores superiores que la filosofía clásica y el sentimiento común y la verdad religiosa han admitido siempre.

No hay que dejarse alucinar por la curación de algunas neurosis o la explicación certera de actos y reacciones psíquicas anormales dadas en la mayoría de los individuos. Es preciso extender la vista hacia todo el panorama que el sistema humano encierra y establecer luego la jerarquía de cualidades y fines; de esta forma el hombre aparecerá abierto a la transcendencia última y dotado de facultades superiores, en las que las apetencias instintivas podrán morder, pero no reducirlas hacia sí. Únicamente cuando nos internamos en lo psicopático es donde aparece el dominio total de las fuerzas subconscientes.

EMILIO MARTINEZ TORRES

1. OSWALD BUNKE, *El Psicoanálisis y sus satélites* (Barcelona, Ediciones Aymá, 1945).
2. F. M.^a PALMES, *Lo psíquico consciente e inconsciente*. Actas Congreso Internacional de Filosofía de Barcelona (Barcelona, 1949), pág. 343.
3. Dr. J. LOPEZ YBOR, *Lo vivo y lo muerto del Psicoanálisis* (Barcelona, Luis Miracle, 1936).
4. JOSE DONAT, *Adler y su Psicología Individual* (Madrid, Ed. «Razón y Fe», 1949).